

la ciudad de Cuenca, en cambio, sobre no ser apenas dueños del territorio que materialmente ocupaban, las Andalucías suministraban en abundancia milicias y recursos al rey don Felipe, Madrid le enviaba artillería y dinero, los pueblos leales del obispado de Tarazona contenían á los aragoneses, la Mancha y Toledo se alzaban casi en masa, de Castilla y Leon se habían juntado ocho mil hombres que dirigía el teniente general don Antonio de la Vega y Acebedo, Salamanca arrojaba la guarnición portuguesa que había quedado presidiéndola; así todo. De forma que el ejército del archiduque y de los aliados se encontraba en el centro de Castilla, país que le era enemigo, sin víveres, acosado por todas partes, cortado el camino de la corte, é incomunicado con Portugal y con los tres reinos de Valencia, Aragon y Cataluña que le eran adictos.

En tal situación, contra el dictámen del marqués de las Minas, que hubiera querido y propuso la retirada á Portugal, acordaron el archiduque y los ingleses, holandeses y valencianos retroceder á Valencia; en cuya virtud pasaron la noche del 7 de setiembre (1706) trabajosamente el Tajo. Tan pronto como esto se supo, marchó en pos de ellos el ejército real picándoles la retaguardia, hasta Uclés, donde se detuvo el rey don Felipe (14 de setiembre) para volver á Madrid, y disponer también la vuelta de la reina y los Consejos. Aunque de nuestro ejército se desmembraron muchas fuerzas, ya para escoltar al rey, ya

para alentar y dar calor á las milicias de Tarazona, Borja y Tudela, ya para socorrer á los de Murcia, ya para cubrir las fronteras de Castilla, y ya también para recobrar á Cuenca que quedaba cortada, como en efecto se recuperó el 8 de octubre ⁽¹⁾, todavía fué bastante para perseguir al enemigo hasta mas allá del Júcar. Atribuyóse por algunos á aviso secreto dado por el duque de Berwick el no haber cortado y hecho prisioneros á diez mil ingleses que quedaban en Villanueva de la Jara, y aun así hubieron de dejar las tiendas, el tren del hospital con muchos heridos y enfermos, y todo cuanto podía embarazarlos; y tanto corrió nuestra caballería, y tanta fué la confusión y aturdimiento del enemigo, que para salvarse el archiduque tuvo que correr á toda brida con un piquete toda una tarde y noche hasta llegar al Campillo de Altobuey.

Precipitando los unos su retirada, yéndoles los otros al alcance siempre; dejando aquellos á cada paso

(1) A esto fué destinado el teniente general don Gabriel de Hessa, con una brigada de infantería, dos regimientos de dragones, doscientos caballos, veinte y cinco compañías de granaderos y tres piezas. A los ocho días de sitiada y atacada la ciudad se rindieron quedando prisioneros de guerra los enemigos, que eran, un general de batalla, un brigadier, dos coroneles, tres tenientes coroneles, cinco sargentos mayores, nueve ayudantes, veinte y cinco capitanes, veinte y seis tenientes, cuarenta y un alféreces, sesenta y dos sargentos, dos mil soldados,

con tres piezas de artillería. Los irlandeses que entre ellos había se refugiaron á la catedral, de donde salieron con la divisa de España pidiendo seguir en nuestras tropas, lo que se les concedió por ser buenos católicos. Fué notable el rasgo patriótico de un vecino de Cuenca, que viendo que su casa era la que impedía á nuestras tropas la entrada, se salió de ella con toda su familia, y la pegó fuego por sus cuatro ángulos; en efecto entraron luego las tropas por allí, y se siguió la rendición.

artillería y municiones, prisioneros y equipajes, uniéndose á éstos milicias y paisanos en los pueblos del tránsito; el archiduque y los suyos no pararon hasta internarse en el reino de Valencia; el mariscal de Berwick con los nuestros, marchando por Albacete, Chinchilla y Almansa, y prosiguiendo por Caudete á Villena, Elda y Novelda, cayó sobre la gran villa de Elche, que tenían sitiada los murcianos despues de haber libertado á Murcia y entrado por asalto y saqueo á Orihuela. A la vista del ejército de Berwick se rindieron los de Elche, quedando prisioneros de guerra setecientos ingleses y trescientos valencianos, con ciento cincuenta caballos, siendo tanto el trigo y cebada, aceite, jabon, mulas, y otras provisiones y efectos que alli se encontraron, que hubo para mantener y surtir el ejército por cuatro meses. Allí recibió el obispo de Murcia el título de virey de Valencia. Una parte de nuestras tropas pasó á recobrar á Cartagena, que se entregó á los cinco días: halláronse en la plaza setenta y cinco piezas de bronce, una de ellas de extraordinaria magnitud, notable ademas por haberse cogido en la memorable batalla de Lepanto. Quedó por gobernador de Cartagena el mariscal de campo don Gabriel Mahoni, á quien ademas hizo merced el rey de título de conde. Con esto avanzada ya la estacion, tomaron nuestras tropas cuarteles de invierno en aquellas fronteras.

Durante los sucesos de Castilla la Nueva que aca-

bamos de referir, habíase perdido la plaza de Alicante que tanto se habia distinguido por su fidelidad, entrando en ella los holandeses é ingleses (8 de agosto, 1706), y cometiendo grandes excesos y ultrajes en los habitantes y profanaciones escandalosas en los templos, no pudiendo hasta el 4 de setiembre rendir el castillo que defendia el mismo Mahoni que ahora recobró á Cartagena (1). Asi los enemigos invernaron en Alicante y en lo interior del reino de Valencia. Las tropas del rey tenian desde Orihuela hasta las puertas de Alicante, y desde Jijona y Elche y Hoya de Castilla, hasta Elda, Novelda y Salinas, corriendo la línea á Villena, Fuente de la Higuera y Almansa.

Calcúlase en doce mil hombres el número de prisioneros que se hicieron á los ejércitos del archiduque, sin contar los oficiales, desde el campo de Jadraque hasta la toma de Elche. Y al modo que desde las fronteras de Portugal hasta Madrid habia venido el marqués de las Minas, acosando constantemente al duque de Berwick, en términos que solia decir el general portugués con cierto donaire, que llevaba al duque de Berwick de *aposentador*, asi en la retirada á Valencia pudo decir el de Berwick que llevaba de *aposentador* al marqués de las Minas.

Al terminar esta campaña la situacion habia cambiado de todo punto. En la primavera todo parecia

(1) El almirante inglés Lake, alli con su armada á las Baleares, que tomó á Alicante, pasó desde y rindió á Mallorca é Ibiza.

perdido para Felipe V. de Borbon, en el otoño parecia que todo iba á perderse para el archiduque Carlos de Austria. Debióse este resultado, mas á la decision y á los sacrificios de las provincias que á la habilidad y á los esfuerzos de los generales. Vizcaya hizo donativos y cuidó de la defensa de sus puertos. Galicia, ademas de cubrir sus fronteras y sus costas, hizo diferentes entradas en Portugal. Extremadura hizo tambien invasiones ventajosas en aquel reino, y estuvo siempre en armas. Leon y Castilla la Vieja enviaron gran número de milicias, mantenidas y uniformadas á sus espensas. Sevilla suministró diez regimientos de infantería y cuatro de caballería, aprontó cincuenta cañones y socorrió á Ceuta. Córdoba y Jaen cubrieron los puertos de Sierra Morena, y dieron veinte mil hombres armados y vestidos. Málaga, con su obispo y su iglesia, Almería y Granada, todas aprontaron hombres y dinero. Murcia resistió admirablemente á los valencianos, y sus milicias no reposaron un momento. Madrid, Segovia, Toledo, Ciudad Real y la Mancha se puede decir que se alzaron en masa contra los ejércitos del archiduque. Rioja, Molina y Navarra, en union con Tarazona y Borja, contenian á los aragoneses. Los de Bearne contribuian á sostener la plaza de Jaca, y Rosas se mantenia firme aun despues de rebelarse toda Cataluña, mientras en ambas Castillas no habia pueblo grande ni pequeño que no acudiera á la defensa de su patria y de su rey.

Esfuerzos dignos de particular elogio hicieron algunas poblaciones. Entre otras muchas se señaló la ciudad de Salamanca, no solo por el ímpetu con que sacudió el yugo de la guarnicion portuguesa que á su paso para Madrid habia dejado el marqués de las Minas, sino por la heróica defensa que hizo despues contra un cuerpo de ocho mil portugueses llevando por general á un hijo del marqués de las Minas (setiembre, 1706). Habíase quedado la ciudad sin un solo soldado; que aunque Leon y Castilla le enviaron ocho mil hombres de sus milicias, salió con ellos el general Vega y Acebedo, diciendo que iba á detener á los enemigos; y aunque luego reunió hasta catorce mil con la gente que del pais se le incorporó, y con algunos regimientos que le envió el rey desde Cienpозuelos, no se atrevió, ó no quiso ir al socorro de la ciudad, so pretexto de que era gente irregular é indisciplinada. A pesar de todo la ciudad resolvió defenderse. El obispo, el cabildo catedral, el clero todo, todas las comunidades religiosas, el corregidor y ayuntamiento, todos los doctores y alumnos de la universidad, los de los colegios mayores, la nobleza, el pueblo entero, hasta las mugeres, todos sin distincion se armaron como pudieron, todos ofrecieron sus haciendas y sus vidas, todos ocuparon gustosos los puestos que les fueron señalados, todos los defendieron con admirable bizarría. Los portugueses tenian que ir conquistando convento por convento, colegio por co-

legio, casa por casa, hasta que se pidió capitulación, y se obtuvo muy honrosa, obligándose la ciudad á pagar doscientos mil pesos. Aun de estos no llegó á entregarse sino una parte, ni los portugueses ocuparon la ciudad, porque con noticia que tuvieron ya entonces de la retirada del marqués de las Minas con el archiduque á Valencia, ellos también se retiraron á Ciudad-Rodrigo, contentándose con destruir las murallas y llevarse en rehenes al gobernador y corregidor, y otras personas notables y vecinos más acomodados.

Mas no se crea por eso que esta decisión y este entusiasmo eran exclusivamente propios de las poblaciones que se mantuvieron fieles á la causa de Felipe V. Con igual empeño y con igual ardor se conducían los que tomaron partido por Carlos de Austria, que fué una de las circunstancias más notables de esta guerra. Ya hemos visto el frenesí con que se declaró Cataluña por el austriaco ⁽¹⁾. Los aragoneses lo tomaron

(1) El espíritu de los catalanes y su delirio por Carlos de Austria y contra todo lo que fuese francés se manifestaba, no tanto por los hechos de armas y por la defensa de sus plazas y pueblos, como por sus escritos y publicaciones. Además de las muchas *Alegaciones en derecho* que en diversas formas y en variada extensión dieron á luz sobre el que pretendía tener el archiduque á la corona de España y que corren todavía impresos, publicaron multitud de folletos, opúsculos y escritos sueltos en el

mismo sentido, con lo cual mantenían vivo en el país el odio á Felipe de Anjou, Luis XIV. y los franceses, y la adhesión á Carlos de Austria y los aliados. Por ejemplo: *Apologético de España contra Francia*:—*La Francia con turbante*:—*CLARIN DE LA EUROPA*: *Hipocresía descifrada*, *España advertida*, *verdad declarada*:—*Verdad armada de razón*:—*Profecías de un ermitaño al duque de Anjou*:—*Clamors de Barcelona al tirá govern de Velasco*:—*Egercicios poéticos á Carlos III.* y

con el mismo calor; y solamente la ciudad de Zaragoza puso en armas cuarenta y seis compañías de infantería y diez y seis de caballería, además de trescientos voluntarios armados; y á este respecto las demás comunidades de Aragón y de Valencia que abrazaron aquel partido. Cada cual parecía haberse decidido por una de las causas con la más sincera convicción y la más fervorosa buena fé. Lo mismo acontecía con la clase de la nobleza, y lo propio con el clero. Si los clérigos, y las comunidades, y los obispos de Salamanca, de Murcia, de Málaga, de Calahorra y de otras ciudades y diócesis adictas á Felipe de Borbon tomaron la espada y pelearon como soldados aguerridos, obispos y clérigos acaudillaban las huestes que combatían por Carlos de Austria; y los monges del monasterio de San Victorian en Aragón estuvieron sustentando á su costa todos los rebeldes mientras duró el sitio del castillo de Ainsa, y tuvieron expuestos al público los cuerpos de San Victorian, de San Gaudioso,

Cataluña.—*Norabona á la Excelentísima ciudad de Barcelona*:—*Multitud de poesías, apologéticos, invectivas y oraciones á cada suceso adverso ó próspero*.—Ellos escribieron y publicaron que durante el sitio de Barcelona habían visto á Santa Eulalia al lado del archiduque sin separarse un momento: que las religiosas capuchinas vieron en el cielo una cruz cuyo pié tocaba en la ciudad, con los brazos sobre el castillo de Monjuich: que en el campo enemigo habían hallado siete mil es-

posas de hierro con sus candados para ponerlas á los catalanes, y unos pinchos muy agudos para que despedazasen á los que arriáran el cuerpo á ellas: que había un sinnúmero de cuerdas para ahorcar á las personas mayores, y de marcas de hierro para marcar en la cara á los niños que no pasáran de siete años: con otras no menos ridículas fábulas é invenciones, propias para avivar el encono de los catalanes á los franceses y á todos los partidarios de Felipe V.

de San Alvino y San Nazario hasta que se rindió el castillo.

Así la lucha, especialmente en Aragon y Valencia, entre los pueblos que se mantuvieron ó se pronunciaron por uno de los dos partidos, era encarnizada y cruel, y las villas y lugares que mutuamente se tomaban eran sin piedad saqueadas y ferozmente dadas al incendio y al deguello; lucha en cuyos pormenores no nos es dado entrar, porque exigiria largos capítulos por sí sola, y pueden verse en las historias particulares de esta guerra.

Hemos referido los hechos principales de ella hasta fin del año 1706, en que se dieron algun reposo las armas, y época en que desembarazado ya de enemigos el interior de España pudo Felipe V restituirse con seguridad á la córte. Partió, en efecto, en esta direccion desde Uclés (17 de setiembre, 1706), y despues de pasar algunos dias en Aranjuez, hizo su entrada en Madrid (10 de octubre), cruzando las calles para satisfacer el ánsia que tenia de volver á verle este fidelísimo pueblo, y se aposentó en el Buen Retiro. De allí volvió á salir á la ligera para Segovia á recibir á la reina, cuyo regreso de Burgos á la córte en union con los Consejos se habia dispuesto tambien. Reuniéronse SS. MM. en aquella ciudad con gran contento suyo y satisfaccion de los fieles segovianos, y juntos vinieron al monasterio del Escorial (25 de octubre). Al otro dia, desde las Rozas, camino de Madrid,

enviaron á decir por medio del mayordomo mayor á las damas de honor y demas señoras de la cámara y servidumbre de la reina que no habian seguido á S. M. en su salida de la córte, que se retirasen á sus casas, porque las rentas de la corona no podian costear tan numeroso servicio en palacio, y todo se necesitaba para las urgencias de la guerra, sin perjuicio de quedar al cuidado de SS. MM. el dotarlas convenientemente para sus casamientos; pero en realidad no se ocultaba que con esta providencia quiso la reina mostrar que no habia sido de su agrado el que no la hubieran seguido y acompañado en su ausencia y emigracion como las otras ⁽¹⁾. Hecho lo cual, continuaron su viage, viniendo á oír misa en el templo de Atocha (27 de octubre), donde se cantó el *Te-Deum*, y fueron luego á palacio estando toda la carrera lujosamente adornada, en medio de los plácemes del pueblo, que con vivas y luminarias, y fuegos de artificio y otras fiestas demostró en aquellos dias el júbilo de ver otra vez á sus amados reyes en la córte, ocupada algun tiempo por los enemigos ⁽²⁾.

(1) Por consecuencia no es exacto lo que afirma William Coxe cuando dice: «Ni una sola persona de la servidumbre de la reina abandonó á esta princesa.»—España bajo el reinado de la casa de Borbon, tom. I. c. 42.—Relacion de lo sucedido en Madrid, etc. Biblioteca de la Real Academia de la Historia.

(2) Entre los muchos libros y

documentos, impresos y manuscritos, que hemos consultado para esta parte de la guerra civil hemos seguido con preferencia los siguientes:—*Las Memorias inéditas de don Melchor Macanáz*: once volúmenes que comprenden desde la muerte de Carlos II. hasta el año 1714. Este ilustradísimo escritor era secretario y ayudante del capitán general de Aragon,

conde de San Esteban, y acompañó al rey y al ejército en la expedición á Barcelona, en su retirada, y en todas las campañas siguientes. Este autor reúne á su reconocida ilustración el haber sido actor ó testigo ocular de todo lo que refiere. Ha tenido la bondad de facilitarnos esta obra, así como otros muchos y muy importantes volúmenes que dejó manuscritos el sabio Macanáz, y que posee hoy su familia (de los cuales irémos haciendo mérito según vayamos tratando los asuntos á que se refieren), su biznieto don Joaquin Maldonado y Macanáz, joven aprovechado y laborioso, que ha dado ya algunas muestras de su buen ingenio en escritos que revelan excelentes dotes históricas, y que hacen esperar dará nuevo lustre á la familia y á la memoria de su ilustre progenitor.

La *Historia de las Guerras civiles de España*, desde 1700 hasta 1703, del conde de Robres, don Agustín Lopez de Mendoza y Pons, que escribió y dejó reservada para sus sucesores. Este precioso manuscrito, que perteneció al conde de Arandá su pariente, es el original del mismo autor, y no sabemos que exista copia alguna de él. Hoy pertenece á nuestro buen amigo el ilustrado don Próspero de Bofarull, archivero jubilado y cronista de la antigua Corona de Aragón, que también ha tenido la generosidad de facilitárnosle, con otros muchos interesantes manuscritos de su biblioteca particular relativos á la misma época. También el conde de Robres fué testigo de lo que refiere, y es recomendable por su imparcialidad y buen juicio.

Anals consulars de la ciutat de Barcelona, tom. II., también manuscrito, y de la propia procedencia.

Historia política y secreta de

la corte de Madrid desde el ingreso del señor don Felipe V. en ella hasta la paz general. Un volumen también manuscrito.

De entre los impresos, sabido es entre los hombres de letras hasta qué punto son recomendables los *Comentarios de la Guerra de España del marqués de San Felipe*, que comprenden desde el principio del reinado de Felipe V. hasta la paz general de 1723, por la abundancia y exactitud de sus noticias, á pesar de sus defectos de estilo.

La *Historia civil de España del P. Fr. Nicolás de Jesús Belando*, que abraza desde el año 1700 hasta el 1733, y se imprimió antes de la muerte del rey don Felipe.

Los conocidos *Anales de Cataluña* de Feliú de la Peña, tan abundantes en documentos oficiales.

Muchas relaciones sueltas, impresas y manuscritas, de los varios sucesos de aquellas guerras, hechas, ya por los partidarios del archiduque, ya por los que no se apartaron nunca de la fidelidad á Felipe de Borbon.

Las *Memorias de San Simon*, las de *Noailles*, las de *Tessé*, y las de *Berwick*. Apreciabilísimas son también estas obras, como escritas por los mismos personajes que tuvieron una parte tan principal y activa en los sucesos que refieren. Mas por lo mismo el historiador imparcial no puede descansar en su solo aserto, sin exponerse á juzgar con error sobre las causas de ciertos acontecimientos trascendentales y decisivos en aquella célebre lucha. Porque si ellos mismos estaban en connivencia con el duque y la duquesa de Borgoña en ciertos planes secretos, contrarios á la causa de Felipe, como expresamente lo afirma Macanáz, y lo indican San Fe-

lipo, Belando y otros autores españoles, y ellos eran los consejeros de empresas imprudentes y la causa de sucesos desgraciados, no es extraño que atribuyan á otros las adversidades que acaso ellos mismos procuraban para sus fines. Así es que el historiador inglés de *España bajo el reinado de la casa de Borbon*, *William Coxe*, que, aparte de los *Comentarios de San Felipe*, se conoce haberse guiado

muy especialmente por aquellas *Memorias*, juzga de las causas de los sucesos, á nuestro parecer muy equivocadamente, de muy diferente manera de Macanáz, Belando, Robres, San Felipe y los demás escritores españoles.

Documentos manuscritos de la Biblioteca nacional, y de la Real Academia de la Historia. Archivo de Salazar, Colección, de Vargas Ponce, papeles de Jesuitas, etc.